

LOS ORÍGENES, NATURALEZA Y PERSPECTIVAS DE LA UNIVERSIDAD*



He aceptado la honrosa invitación del Consejo Universitario a presentar el Discurso de Orden del vigésimo cuarto aniversario por varias razones, entre ellas, la particular situación de haberme reincorporado al claustro después de cinco años de trabajar para el Gobierno Constitucional, período que me dio la oportunidad de apreciar a la Universidad desde afuera, pero aún en el país, de tener profundo interés en su devenir, pero no participar en su gestión, por fin, de escuchar numerosos comentarios acerca de Cayetano Heredia y su importante rol en el Perú.

He meditado sobre el tema a exponer, y ello será mi visión sobre nuestra Universidad, descriptiva en mayoría, crítica por momentos. A lo largo de este discurso daré opinión sobre los orígenes de la Universidad, los personajes, el apoyo recibido, las interpretaciones del movimiento; luego sobre las primeras acciones, los grupos de inicio; los estudiantes de los años 60 y las gestiones de los primeros rectores. Delinearé la evolución de la Universidad en la década de los 70, incluyendo una personal interpretación de los profesores; para los estudiantes, prestaré opinión y terminaré el discurso con un esbozo de la proyección de Cayetano Heredia en el país.

LOS ORÍGENES

Empezaba la década del 60 y la universidad peruana había iniciado su expansión de alumnado sin el paralelo desarrollo de aulas, laboratorios y bibliotecas; regía la Ley Universitaria cuyo Art. 34 decía a la letra “Las facultades de medicina, por la índole de sus funciones se regirán en lo académico, administrativo y en la constitución de su gobierno, con la representación de los profesores de todas las categorías, y de los estudiantes de acuerdo a los estatutos y reglamentos que dictan al efecto dichas Facultades”.

Este discutible artículo, dirigido a presionar la exigencia y rigor de la Facultad de Medicina de la U. San Marcos fue duramente criticado por los estudiantes, y suprimido por el parlamento en 1961.

Se inició entonces una desigual contienda universitaria: de un lado la Facultad de Medicina con sus decanos, la mayoría de profesores y numerosos alumnos; del otro las restantes Facultades, autoridades y profesores, y miles de estudiantes; el resultado era de esperar.

Después de numerosos episodios de lealtad y apoyo al principio de autoridad, la situación fue insostenible y devino en la renuncia de 490 profesores de la Facultad de Medicina, en julio de 1961.

Debe recordarse que entre ellos hubo un grupo de veinte profesores que trabajaban a dedicación exclusiva para la Universidad, quienes al renunciar perdían su único ingreso; se sumaron a los profesores renunciantes 200 estudiantes de los primeros años “que tuvieron fe en un momento difícil e incierto” palabras de Alberto Hurtado; también renunciaron algunos trabajadores.

Durante varias semanas tuvo intensa gestión la Unión Médica de Docentes Cayetano Heredia, la misma que reunía a los profesores renunciantes. En memorable asamblea realizada en el paraninfo de San Fernando, a propuesta de cuatro profesores, se acordó fundar una universidad dedicada a la medicina.

Presentaron esta iniciativa los profesores Víctor Alzamora Castro, Jorge Voto Bernal, Hernán Torres y Fernando Porturas; sostuvo la ponencia Alzamora y ello le costó la vida; esa misma tarde falleció víctima de un infarto de miocardio; el diario “El Comercio” publicó lado a lado simbólicamente dos noticias: “crean Universidad de Ciencias Médicas” y “Falleció destacado cardiólogo Alzamora Castro”.

Nació así la Universidad en un ambiente adverso, pero con características de singular desprendimiento,

* ACTA HEREDIANA, Vol. 7, Año Jubilar, Abril 1986 - Marzo 1987, págs. 7-17.

de lealtad a un principio, y de coraje para sostener una convicción; creo que tales características se han mantenido en la comunidad herediana a lo largo de los 24 años transcurridos.

Dos personas destacan nítidamente en la gesta del inicio de la Universidad: Honorio Delgado, entonces decano de la Facultad de Medicina y luego el primer rector; y Alberto Hurtado, decano de ambas universidades y segundo rector de la nuestra. Su noble presencia fue sin duda decisiva; austeros ambos, figuras singulares de la medicina e intelectualidad del país, amigos por décadas, cada uno aportó lo mejor de sí en una complementación de esfuerzos, suma de prestigios y unanimidad de respeto a sus recias personalidades.

Justo es recordar y agradecer el apoyo entonces recibido; vino del país y también de afuera. En Lima la prensa estuvo decididamente a favor de la reciente universidad, y ello contribuyó a formar una corriente de opinión positiva y sin duda estimuló a quienes dieron su aporte material, que fueron numerosos.

Esta ha sido una de las pocas oportunidades en el país cuando quienes más tenían contribuyeron con generosidad a la nueva institución; numerosas fueron también las expresiones de solidaridad con la causa y de admiración por la decisión. Posteriormente se constituyó un Patronato, que con la presidencia de Don Enrique Ayulo Pardo ayudó en forma importante a la Universidad en sus primeros años.

Fuera del país contribuyeron agencias filantrópicas como las Fundaciones Kellogg y Rockefeller con donaciones para equipo. Para impulsar la investigación fue importante el donativo de los Institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos.

Esta situación inédita en el Perú no fue reconocida por todos, y no faltaron quienes elaboraron alambicados postulados que veían en el movimiento esfuerzos aristocráticos o intenciones político-ideológicas que nunca estuvieron presentes.

LAS PRIMERAS ACCIONES Y LOCALES

Se han descrito por varios las actividades docentes del inicio; recordaré hoy algunas acciones que precedieron al inicio de clases. En 1961, entregados los laboratorios y gabinetes, los profesores renunciando fueron acogidos en algunos servicios similares de los Hospitales Loayza y Dos de Mayo; también el Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas abrió sus puertas.

Se arrendó el antiguo Colegio de Belén para local central de la Universidad, y allí se desplegó notable ingenio para improvisar facilidades; así, hubieron mesas de laboratorio que sólo eran colocadas sobre caballetes; también se improvisaron quimógrafos utilizando para ellos viejos tocadiscos. Se compartía el escaso equipo existente, con fraternal espíritu; sobre todo habían hombres con inteligencia, devoción al trabajo y deseo de avanzar en el conocimiento del Perú y sus problemas. El Instituto de Investigaciones de la Altura fue de los primeros en realizar la tarea de investigación.

Nació la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas con la Facultad de Medicina, la Sección Pre-Médicas, la Escuela de Graduados y el Instituto de Investigaciones de la Altura; estos cuatro componentes tenían profesores integrantes con características y diferencias.

Así, en la Facultad de Medicina estaban en mayoría los profesores renunciando, médicos casi todos, con sólido prestigio profesional. Las salas y servicios hospitalarios que ellos dirigían se abrieron a la docencia de los estudiantes de la nueva universidad que desde el inicio recibieron el beneficio de su experiencia y generosidad; sólo mencionaré a algunos de ellos, los que dejaron este mundo, pero están en el recuerdo de quienes creemos en Cayetano Heredia: Yockeng y Valdeavellano en el Hospital Loayza; Higginson, Gastelumendi, Delgado Cornejo y Carrillo Maúrtua en el “Dos de Mayo”; Cachay Díaz, Mispireta y Niza Chiok en el Hospital del Niño.

Estos dignos médicos y sus colaboradores y discípulos trabajaron ad honorem al inicio, y algunos contribuyeron con su peculio al sostenimiento de la Universidad.

En la Sección Pre-Médicas se conformó un nuevo grupo, en base a la incorporación de jóvenes profesionales de ciencias naturales, matemáticas y sociales; trabajaban ellos a tiempo completo en el local de Belén y desde el inicio se integraron con los médicos profesores de los años básicos de medicina; nació así un sólido grupo de profesionales que en 1967 conformó la Facultad de Ciencias; en ellos hay también algunos ausentes como Arana Sialer, Geu Rivera y Luna Vértiz.

El grupo de Ciencias, como familiarmente se les denomina, ha tenido y tiene un rol importante dentro de la Universidad, tanto por la exigencia que dieron y mantienen en sus cursos del pregrado, cuanto por la investigación que algunos realizan. Creo además, que su presencia determina un balance de disciplinas conveniente en la institución universitaria.

La Escuela de Graduados tomó el nombre de Víctor Alzamora, y desde el inicio tuvo entusiasta actividad; la dirigieron al inicio García Rosell, ya desaparecido y luego Gutiérrez y Carmona, todos ellos con prestancia y seriedad. Posteriormente fue incorporada a la Facultad de Medicina y sus actividades de verano fueron asumidas por los departamentos académicos.

El Instituto de Investigaciones de la Altura fue conformado por quienes trabajamos hasta julio de 1961 en el Instituto de Biología Andina de San Marcos; reunidos en laboratorios diversos, veinte o más, médicos casi todos, teníamos la diaria presencia del profesor Hurtado, líder de la investigación en el campo; disfrutamos de equipo y facilidades obtenidas por gestión del maestro y la generosidad de los Institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos. Se habilitó como sede del Instituto al antiguo auditorio del Hospital Loayza y se seleccionó a Cerro de Pasco como lugar

en las observaciones, cuyos resultados llegan a medio millar de artículos, resúmenes y tesis.

También tenemos ausentes a quienes evocar: Aste Salazar y Mori Chávez.

La separación física, entre otros motivos, determinó que dos o tres de los grupos mencionados mantuvieran cierta competencia, natural en una Universidad, que se ha llevado y mantiene con la altura y corrección que es característica de los heredianos.

Hasta aquí poco hemos dicho acerca de los primeros estudiantes heredianos. Meditando acerca de ello, y por carecer de adecuada experiencia personal, prefiero que sea uno de ellos, luego distinguido psiquiatra y profesor de nuestra casa, quien lo haga:

“El grueso del alumnado herediano de la primera hora vino de San Fernando. Muchos de ellos habían combatido al lado de sus maestros en horas aciagas. Es justo decir que todos asumieron el riesgo de trasladarse a una universidad que en un comienzo sólo tenía el nombre. Socialmente, tengo la impresión de que había una sustancial proporción de estudiantes de clases media alta y alta. Todos sin embargo profesaban en común una cierta aversión a la “política” en las aulas, esa particular forma de activismo folclórico que tanto daño hizo en San Marcos y un declarado deseo de estudiar sin trabas para llegar a ser “buenos médicos”.

“Las luchas, los heroicos orígenes, la noción de un David puro y joven venciendo a la larga a un Goliath politizado y corrupto, la reacción de una opinión pública inicialmente atenta ante el gesto y después espontáneamente generosa en su apoyo, la incertidumbre financiera frente al futuro y el tamaño aún pequeño de su núcleo humano, todos estos factores contribuyeron a catalizar la conciencia estudiantil herediana de la primera época. La Universidad era efectivamente, por lo menos en parte, su obra. Hombro a hombro con sus maestros, los alumnos habían materializado una ilusión; y sola frente a la adversidad Cayetano Heredia,

su creación, requería el trajín continuado, el esfuerzo persistente en su defensa y por su supervivencia. Resulta indiscutible la intensa fuerza cohesiva de esta mística de combate.

Cayetano Heredia era un ejemplo, un caso único de coraje y de mística. Tales ingredientes eran poco usuales en el Perú académico de 1961. El alumnado herediano tenía inquietudes trascendentes, iban mucho más allá del claustro, atravesaban incluso la comunidad circundante inmediata para llegar a la barriada, al grupo humano de mayor fragilidad y mayores esperanzas, los niños, el Perú profundo de la comunidad indígena o rural.

Sin perder la visión médica, los estudiantes heredianos de hace dos décadas se volcaron al Perú olvidado de entonces, con un profundo sentido de entrega política pero sin rótulo partidario alguno. La ideología –y su fuste ético– eran eminentemente un inquirir apasionado pero ingenuo de la vida que bullía más allá del cómodo mirador urbano”.

“Había pues plena coherencia entre el origen histórico, la tarea diaria, la inquietud ideológica, y la acción trascendente. Mal podía pedirse activismo político-partidario a quienes expresamente rechazaron tal intromisión. Mal podía esperarse un rompimiento con la esencia técnica de la profesión médica, por parte de quienes tenían como razón de ser el convertirse en profesionales excelentes. Mal podía esperarse proclamas de cambios cruentos por quienes detestaban la violencia.

Mal podía esperarse huelgas de quienes pensaban que toda perturbación les haría perder la perspectiva en un Perú convulso en sus metrópolis pero resignadamente quieto en los pueblos de las punas y las sierras. Mal podía esperarse pérdida de tiempo en quienes sentían que estaban llegando tarde a citas más urgentes con su propio destino”. Son las palabras de Renato Alarcón en 1975.

Más adelante comentaremos los cambios que ocurrieron en los estudiantes.

En 1965 la Universidad cambió su nombre original de Ciencias Médicas y Biológicas, al actual; ello fue gestión iniciada en el grupo de Ciencias y estuvo dirigido a ampliar las disciplinas de la nueva institución; el procedimiento fue democrático y la mayoría de profesores respaldamos por escrito el cambio; así el nombre de Cayetano Heredia que originalmente fue el de la Facultad de Medicina, pasó a ser el de toda la Universidad.

El año 1966 culminó su mandato el primer rector, Honorio Delgado. Leamos un texto del maestro, y apreciemos su sabiduría:

“La Universidad es escuela de saber que tiende a la integración, a la elaboración y al ahonde del conocimiento y sus aplicaciones, cultivando la inteligencia con miras a fomentar y disciplinar el poder reflexivo y creador del hombre. Está constituida fundamentalmente por la corporación de maestros y discípulos, unidos en la voluntad de perfeccionamiento personal por encima del saber mismo (...). En cuanto escuela del saber la universidad se distingue de los otros institutos de cultura por lo infinito de su tendencia abarcadora del conocimiento en todas direcciones (. . .). Empero, por sí solo el saber, lo mismo que el talento, no dignifica al hombre, ya que, si discorda con la derecho moral, hace al sujeto ser abominable (...). El espíritu universitario no brilla porque la universidad tenga el nombre de tal, sino a condición de cumplir los requisitos inherentes a su esencia, merced a que sus hombres encarnen las tendencias y los ideales correspondientes. Tendencias e ideales que logran eficacia cohesiva y potencia creadora sólo a condición de hacer del alma mater objeto de perenne y fervorosa dilección” .

El verano del 67 fue la elección de autoridades y por abrumadora mayoría y con participación de todos los profesores fue elegido como segundo rector el profesor Alberto Hurtado; se hacía justicia a sus dotes de maestro y de líder que antes hemos comentado.

Tocó a Hurtado presidir las deliberaciones que llevaron a un cambio en la estructura de la Universi-

dad: se creó el Consejo Ejecutivo conformado por los directores universitarios y los decanos, y se inició la operación de los departamentos académicos. Este cambio fue iniciativa de un grupo de profesores jóvenes, en mayoría de la recién creada Facultad de Ciencias y fue aceptado por Hurtado y aprobado después por el Consejo Universitario.

Tal estructura, con sólo dos años de ensayo en nuestra Universidad, fue luego extendida por el Gobierno Militar al llamado sistema de la universidad peruana (D. Ley 17437, febrero 1969) y tuvo vigencia durante quince años.

Las universidades nacionales rechazaron la nueva estructura, y su implementación trajo más problemas que beneficios; así, se acentuó el centralismo y el Consejo Nacional de la Universidad Peruana, CONUP, intervino en cada decisión de importancia y tuvo exagerada injerencia en el gobierno de las universidades. De otro lado, al interior de cada universidad el Consejo Ejecutivo acaparó todo el poder y gobernó a distancia a las antiguas facultades que fueron reducidas a programas académicos; aun el manejo de las bibliotecas fue centralizado, y devino en ineficaz.

Parece cierto que una estructura que recién se ensayaba en una universidad de las características de la nuestra, no era la más indicada para las restantes. Queda aún por realizar una evaluación desapasionada de esta experiencia y de sus consecuencias.

EL NUEVO CAMPUS: PALAO VERSUS MONTERRICO

Al finalizar la década del 60 la Universidad estrena su edificio central en el campus y recibe del primer gobierno de Belaunde el nuevo Hospital del Rímac; ambos locales eran apropiados, y desde entonces vienen cumpliendo a cabalidad sus fines. Pocos recuerdan sin embargo, que ello fue el resultado de una meditada decisión, pues conllevó perder la donación de un valioso terreno en Monterrico, que fuera hecha

a Cayetano Heredia con la condición de construir allí el campus. Atinadamente, el Consejo Universitario de la época consideró que la ubicación de la Universidad en tan elegante lugar podría acentuar su elitismo social y decidió por ello adquirir el actual terreno inmediato al hospital que se concluía y construir rápidamente el propio local en medio de un distrito populoso y modesto, representante del país al cual se quería servir.

Debemos recordar con agradecimiento a los varios profesores que desde sus altos cargos en el gobierno de entonces hicieron posible no sólo la asociación del Hospital a la Universidad, sino también su adecuación y la construcción adicional del edificio de Facilidades Docentes anexo al mismo.

ACTA HEREDIANA

En setiembre de 1968 apareció el primer número de *Acta Herediana*, revista de ciencia, literatura y arte que por varios años se publicó con regularidad y calidad; el comité editorial fue interdisciplinario y el esfuerzo reconocido por propios y extraños. Colaboraron en *Acta Herediana* Jorge Basadre y otros distinguidos peruanos; se publicaron allí los premios nacionales de medicina; se polemizó acerca del problema poblacional; se comentaron las nuevas disposiciones sobre lo universitario; la crónica de la universidad registró a los nuevos profesionales, a los doctorados, y también a los fallecidos. Ojalá que reaparezca y en su segunda época siga siendo la “mesa de discusión” que señalaba el primer editorial.

GESTIÓN RECTORAL DE ALBERTO HURTADO

Colaboraron con el rector Hurtado varios de los profesores fundadores y también algunos nuevos heredianos; entre los ya desaparecidos evocamos al doctor Manuel González del Riego Chávez y a Carlos Delgado Olivera.

Tocó a Hurtado cumplir una importante gestión durante su rectorado, que escuetamente hemos reseñado

antes; al retirarse de la Universidad en 1970 recibió emotivo homenaje, tanto de los profesores y alumnos, cuanto de sus antiguos discípulos y colaboradores en el Instituto de Biología Andina de la U. de San Marcos.

Después de su fallecimiento ocurrido en noviembre de 1983 la Universidad acordó, a solicitud de la Facultad de Medicina, que ésta llevara su nombre.

Escuchamos por mi respetuoso intermedio la opinión de Alberto Hurtado acerca de la universidad y de la investigación:

“La función de una Universidad y, por lo tanto, de una escuela médica es doble: enseñar e investigar. El progreso cultural y tecnológico de un país radica fundamentalmente en la labor de investigación que lleva a cabo acerca de su propia realidad, o sea de sus características de ambiente y población, factores que dificultan o favorecen su desarrollo, posibilidades de mayor rendimiento de sus recursos y de los cambios que requiere el mejoramiento social, industrial y económico. Y esta labor, que es más urgente y fundamental en países en vías de desarrollo, generalmente se lleva a cabo, en forma casi exclusiva, en las universidades.

Lamentablemente, en general hay desconocimiento e ignorancia al respecto. Se critica a la investigación considerándola como una actividad exótica y dispendiosa practicada por unos cuantos y, por lo tanto, carente de derecho para participar en el presupuesto universitario. Hay también una equivocada tendencia a considerar nociva, y expresión de dependencia y subordinación, la ayuda de instituciones internacionales y extranjeras pero, con honrosas y muy aisladas excepciones, no se hace esfuerzo alguno para sustituir dicha ayuda con aporte local, sea oficial o privado. Como consecuencia, y ante un futuro incierto e inestable, pocos son hoy día los jóvenes estudiantes y profesionales que acuden a los laboratorios de investigación con el ánimo de escoger esta labor como base de su actividad profesional.

Recuerdo, en mis días ya lejanos de modesta pero activa labor investigadora, el número elevado de jóvenes estudiantes que deseaban hacer obra propia y original. Por fortuna, y con constancia que los honra, muchos de ellos todavía persisten en su empeño y han contribuido, y siguen contribuyendo, al progreso universitario en lo que concierne a la investigación. Debemos tener en cuenta que la labor investigadora no sólo es útil e importante para el progreso del país.

Dentro de la Universidad ella contribuye a un mejor desempeño de la función docente, pues hace posible apartarse de una mera repetición y transmisión de conocimientos importados, al estimular el interés del joven docente y al demostrarle que hoy, como ayer, y como será siempre, en el mundo de la ciencia son más los interrogantes que las conclusiones finales e inamovibles”.

Eran las palabras del fundador de la Universidad en 1972.

LA DÉCADA DEL 70

Dije al inicio que trataré en este discurso de lo ocurrido en la Universidad en los primeros veinte años. Lo correspondiente a esta década está aún presente en el recuerdo, y los protagonistas felizmente nos acompañan.

Debemos tener en cuenta la situación del país en la década del 70: el gobierno militar recién llegado al poder; la emergente situación social; las finanzas del país todavía aceptables y, en lo universitario, una nueva Ley 19320 que nunca se implementó y dejó vigente hasta fines de 1977 el Estatuto de la discutida Ley que le precedió.

En este marco, nuestra imagen en la opinión pública era la de una escuela médica seria, de difícil admisión y costosas pensiones; pero nosotros nos sentíamos diferentes. Así, en el editorial de *Acta Herediana* del Décimo Aniversario, septiembre de 1971, escribíamos:

“El sentido esencial de nuestra fundación, por encima de los episodios y de la coyuntura desencadenante, ha sido realizar trabajo académico sin obstáculos, es decir, la libertad de pensar y hacer. En un momento dado el llamado cogobierno del tercio, en una situación pseudopolitizada, demagógica y facciosa, se convirtió en un obstáculo. Esto no significa que la razón de ser de la Universidad sea la negación del cogobierno, pues la Universidad está plenamente abierta a la más amplia participación de sus estudiantes. Los hábitos inveterados sólo pueden romperse por una enérgica separación.

“Esto no significa que nuestra razón de ser sea el refugiarse en un aislacionismo de torre de marfil. Diez años de trabajo visible públicamente atestiguan nuestra fidelidad al Alma Mater Sanmarquina, nuestra permanente vinculación interuniversitaria y nuestra acción en la comunidad social. La pretendida asepsia política queda desvirtuada no sólo por la plena libertad de opinión que tienen todos los miembros de la comunidad universitaria sino por el afrontamiento directo con problemas básicos de la realidad nacional que la Universidad ha organizado a través del **currículum** mismo, conferencias, symposia y publicaciones. Queremos ser una Universidad de selección académica al servicio del pueblo. No somos ni pretendemos ser una Universidad clasista. Desde el comienzo nos negamos a toda forma de discriminación. Hemos hecho de nuestra casa de estudios una casa del pensar, una casa de la libertad. El trabajo académico, el más comprometido en sentido político profundo, puede hacerse. La lucha de facciones partidistas, el fanatismo proselitista y todas las otras formas de pseudopolitización no han prosperado sencillamente porque hemos logrado madurez política, tanto los profesores como los estudiantes. No creemos en la apoliticidad porque creemos en el compromiso que tenemos de ayudar a transformar nuestra sociedad subdesarrollada en una sociedad justa. Esto implica opciones concretas. La UPCH ilustra el sentido de sus opciones en el haber preferido la ubicación de su campus universitario en el distrito de San Martín de Porres y no en Monterrico, en el hacer medicina comunitaria, en el haber inaugurado el sistema de pensiones

escalonadas, en el participar activamente en el sistema de la Universidad Peruana, en el realizar convenios de cooperación interuniversitaria, en el establecer mecanismos de colaboración con la comunidad, en incluir en el **currículum** los temas agudos de la problemática nacional. No nos toca a nosotros juzgar la eficacia y el mérito de esas opciones. Lo que sí podemos afirmar es que en todos estos diez años nuestra línea ha sido una línea de trabajo académico, de solidaridad con los pobres, de repudio de la prepotencia y del dogmatismo, en fin, de compromiso permanente con nuestro país. Podemos celebrar nuestros diez años no por los logros alcanzados sino porque en estas opciones se ha perfilado nuestro porvenir y la enormidad de la tarea que tenemos que realizar”.

En los setenta hubieron profundos cambios en la Universidad: ocurrió una importante migración de profesores que se establecieron en Estados Unidos y otros países, o fueron a trabajar para organismos internacionales; la situación económica del país empezó a deteriorarse y el gobierno militar de entonces mantuvo relegadas a las universidades, con remuneraciones que fueron haciéndose cada vez más insuficientes y sin recursos para laboratorios y bibliotecas.

Pero también empezó el retorno de los heredianos que fueron al extranjero para su formación de postgrado y varios de ellos se incorporaron al plantel de profesores de nuestra Universidad. Ello es importante tanto para la necesaria renovación de los docentes con jóvenes de excelente preparación, cuanto porque siendo ellos antiguos alumnos se reincorporaron con afecto y respeto a su alma mater.

A la fecha, un importante número de profesores de la Universidad son profesionales que estudiaron y se graduaron con nosotros, nueva y positiva característica de Cayetano Heredia.

En esta década inició sus actividades la Facultad de Odontología y ello determinó la incorporación de prestigiados especialistas, muy conscientes de la

responsabilidad que asumían al formar parte de la Universidad; ellos se integraron con los profesores fundadores y vienen participando en forma progresiva en el gobierno y la administración. Otra vez debemos agradecer a la Fundación Kellog la ayuda recibida.

El Instituto de Medicina Tropical, creado en la década anterior, inicia su desarrollo y se fortalece con el nuevo local, construido junto al Hospital docente; en los 80 este Instituto se fortaleció notablemente, gracias a la colaboración de la República Federal Alemana y de la Organización Mundial de la Salud.

Es importante anotar que en esta década se incrementó el porcentaje del presupuesto de la Universidad que provenía del Estado, y consecuentemente disminuyó, hasta ser insignificante, el aporte del sector privado que tan importante fue al inicio. Ello fue la natural consecuencia de la mayor presencia del Estado en la vida y economía del país.

ESTUDIANTES DE LA DÉCADA DEL 70

En cuanto a nuestros estudiantes, se incrementó el número de admitidos y se aprecian claras diferencias con aquellos de inicio que fueron descritos antes; así los califica Alarcón:

“El cambio sustantivo, creo yo, se ha dado en el estudiantado, en su composición social, en la orientación ideológica de sus dirigentes, en las características de sus inquietudes y acciones, en su relación con los docentes, en su manera de ver y vivir la universidad y, como colofón de todo lo anterior, en la vertebración ética de su especial manera de ser.

Es evidente hoy que el alumnado procede en su mayoría de lo que tradicionalmente llamaríamos Clase media y sus variados sub segmentos. No es escaso el número de los que proceden de hogares de auténtica clase trabajadora, en elocuente muestra de la pujanza y anhelo de superación generacional (inherente a aquellos que se niegan a claudicar ante la opresión y la pobreza).

El número de los que proceden de colegios nacionales o de los que vienen de otros departamentos del país, es muy superior al de 10 ó 12 años atrás. El color de la piel del estudiantado herediano promedio de hoy es ciertamente más oscuro que el de su contraparte de hace una década, del mismo modo que su atuendo es mucho menos formal y elegante.

Mucho más importante que el cambio en la composición social del alumnado, es sin embargo el grado de polarización ideológica y activismo político que exhibe hoy.

A la mística social sin rotulación política específica que caracterizó la inquietud de las promociones de mi generación, se opone la mística política sin sustrato social específico de los dirigentes de las promociones del 70. Al deseo casi exclusivo de saber más, conocer mejor y ayudar en algo que alentó a la anterior generación, se compara hoy el impulso de un contacto intenso, casi dogmático en aras del cambio veloz que anima a los grupos estudiantiles contemporáneos. A la clara tolerancia de ideas opuestas en la década del 60, se ve hoy la tendencia a la “identificación” rápida de alguien como amigo o adversario, sin el beneficio de la duda.

Todo esto se refleja por supuesto en la naturaleza de la relación actual entre estudiantes y profesores. Una palabra puede resumir esa relación y, como toda palabra, entraña un extraordinario potencial, la dirección de cuya cristalización resulta impredecible. La palabra es: **cuestionamiento**. Cuestionamiento en el ámbito ideológico, en el ámbito institucional o administrativo y en el ámbito académico. El fenómeno no es de extrañar si se le sitúa en el contexto de los otros cambios ya anotados y, sobre todo, contra el telón de fondo de un cuerpo docente diez años mayor que el que yo o mi generación tuvimos. Más aún, los dirigentes y los estudiantes de hoy no vivieron las jornadas tensas y vibrantes que constituyeron el precioso retazo de historia al que los heredianos de la primera etapa se aferraron. Palabras como cogobierno, Reforma Universitaria, Ley 13417, nombres como Víctor Alza-

mora, René Gastelumendi u Honorio Delgado pueden no tener para ellos el mismo significado ni la misma virtualidad que tuvieron para nosotros. Si esto es una falla lamentable o una sedimentación inevitable, no podemos saberlo. En suma –y ésa puede ser su más grande desventaja o su mayor virtud– los estudiantes heredianos de hoy no tienen una historia concreta de la cual depender, un logro con visos de heroico, del cual vanagloriarse. La historia de Cayetano Heredia en sus primeros años es para ellos la prehistoria de sus jornadas actuales. Evidentemente su compromiso con el futuro tiene un pasado diferente.

Son por lo tanto más libres para cuestionar y para criticar, que lo que fuimos nosotros. Menos tolerantes ante lo que perciban como fallas. Lo que para mi generación era “Nosotros o ellos” (los de afuera), para los estudiantes de hoy es “Nosotros o ellos” (Los docentes, la Universidad misma como institución). Da la impresión que ellos no sienten que son la Universidad como creíamos sentirlo nosotros, sino que están en la Universidad, quién sabe si por accidente. El resultado es en varios casos un enfrentamiento velado o expreso con los docentes o la administración. No se extrañaría que un factor que genere esta actitud de recelo, sea también el que los estudiantes, al haber aumentado en número en relación a 5 ó 10 años atrás, sientan a sus profesores distantes y remotos.

Hay también un conjunto enorme de factores externos que han contribuido al cambio y a la emergencia de esta segunda etapa en la joven historia de nuestra Universidad. La coyuntura política actual es la principal y tal vez la más poderosa. Claramente ligada a ella está la incertidumbre institucional universitaria en el país por la falta de un instrumento legal definido. La apertura ideológica hace que corrientes similares en el alumnado de otras universidades confluyan a catalizar más aún el activismo de los representantes del alumnado herediano.

El corolario de estos cambios, o tal vez, el sustento generado al devenir de estos cambios tiene por fuerza

que darse en términos éticos. El alumnado herediano de hoy tiene una moral diferente a la de las primeras promociones. Como toda experiencia humana la actitud ética no puede liberarse de la influencia de una serie de factores subjetivos y de la interacción mutua con los mismos. Esta nueva moral se resume en identificación menos intensa con la Universidad como institución”.

Así describía un ex alumno de 1966 a los estudiantes heredianos de mediados del 70.

Creo que los estudiantes de Cayetano Heredia de la actual década comparten con sus compañeros de la anterior, algunas de las características que Alarcón apreció; pero también hay claras diferencias. Observo una menor militancia política de los estudiantes que se puede interpretar como debida a la democracia que vivimos desde 1980, al problema económico que sufre el país y necesariamente se refleja en sus hogares, y a otros factores. En el primer postulado, la dictadura militar sin duda excitó la rebeldía juvenil y las universidades cumplieron una suerte de rol de minoría política en un Perú con libertades restringidas y una casta que gobernó durante doce años.

En el segundo, la dificultad económica determina con frecuencia una actitud personalista, en este caso, de concentrarse a los estudios y culminar la profesión elegida, a fin de mejorar la situación personal, habitualmente modesta en la economía de un estudiante.

No puede soslayarse la violencia que desgraciadamente se ha extendido en el Perú en los últimos años, y frente a cuyos resultados de demencial aspecto, resultan de mínima trascendencia las protestas estudiantiles de la índole que se observaron en nuestra Universidad en la anterior década.

La visita al local de la Asociación de Estudiantes de la Universidad revela que ha cambiado el decorado, y que “posters” de Piura, Cusco y Tacna han reemplazado a los del “Che” Guevara y Mao.

Por lo antes expuesto, parece necesario que cada año, al inicio de las labores docentes, profesores de la Universidad que conozcan de su historia, naturaleza y fines los expongan a los nuevos alumnos en conferencias motivadoras del espíritu herediano. La celebración del aniversario también es oportunidad propicia, como lo demuestra esta reunión de autoridades, maestros y alumnos.

PROYECCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Sería atrevido de mi parte intentar siquiera la difícil tarea de anticipar el rol de Cayetano Heredia en lo que resta del siglo; recurriré por ello a lo que elaboró la Dirección de Planificación quince años atrás. Conformaron este grupo sucesivamente distinguidos profesores de la Universidad todos ellos dedicados a la institución y con cargos de alta responsabilidad, antes y ahora; se debe destacar que en la Dirección de Planificación hubo continuidad de tarea por varios años, por encima de los obligados cambios de autoridades universitarias.

PRINCIPIOS ESENCIALES UPCH, 1970

“Los principios esenciales que rigen la vida institucional son los siguientes:

1. La Universidad Peruana Cayetano Heredia está al servicio del país, teniendo como meta la realización plena del hombre y la promoción de la comunidad social hacia mejores niveles de vida. En concordancia con ello, la Universidad orienta su quehacer hacia el estudio científico de los problemas prioritarios del país en el ámbito de su competencia, contribuyendo al planteamiento y desarrollo de soluciones realistas y eficaces.
2. La Universidad Peruana Cayetano Heredia respeta el principio de autonomía institucional, que se ejerce en su sistema de gobierno, en su normatividad académica y administrativa y en su régimen económico, consagrando el principio de la libertad de pensamiento y de expresión.
3. La Universidad Peruana Cayetano Heredia basa su gobierno institucional en un régimen electivo

y representativo y en el respeto al principio de autoridad.

4. La Universidad Peruana Cayetano Heredia aspira alcanzar el más alto nivel en el desarrollo de todas sus actividades, con la participación activa y responsable de sus integrantes, propiciando en cada uno de ellos el desarrollo de una mentalidad inquisitiva y creadora y de una actitud crítica frente a la institución y frente a la realidad”.

Cuando revisamos los sucesivos planes de desarrollo se puede apreciar que se han cumplido la mayoría de los objetivos trazados, aunque los tiempos y opciones fueron diferentes.

Así, gracias de nuevo a la generosidad de la Fundación Kellogg, ya es una realidad el Programa de Administración en Salud. Ha crecido la escuela de psicología, que empezó a fines de la década anterior y se asociaron tres escuelas de enfermería.

De las proposiciones a mediano plazo quedan aún por culminar el Campus Universitario, cuya concepción de Comunal incluye novedosos componentes como la educación de líderes para la comunidad, el Centro de Artes y de Artesanía Popular, la Biblioteca Pública y una radioemisora.

Ello irá apareciendo conforme lo permitan los escasos recursos; por ahora, debemos reconocer el esfuerzo de administraciones que hicieron posible que hoy disfrutemos de este cómodo auditorio, y del moderno local de la Biblioteca que debemos a la generosa ayuda de EDUBANCO.

A la natural vocación hacia las profesiones de salud que por nacimiento le corresponde, la Universidad ha sumado un apreciable desarrollo de otras disciplinas en las ciencias naturales, y ello es conveniente para el país y el desarrollo de su ciencia y tecnología.

Creo que sería importante y oportuno estudiar el inicio de las ciencias de la educación en la Universi-

dad; cuando se verifican los enormes problemas que en ese campo existen en nuestra patria, se deduce que su solución será posible sólo cuando varios grupos de los mejores niveles intelectuales lo acometan y se deje de lado el pensar en la educación como una profesión de segunda opción en el país.

El año 2000 el Perú tendrá casi treinta millones de habitantes, la mitad de los cuales requerirá de algún tipo de educación. Para ello será necesario preparar a decenas de miles de nuevos maestros con idoneidad; he allí una noble e importante nueva actividad para la Universidad.

Es ésta una tarea de tal magnitud, y un problema tan profundo que creo que conviene ser tenida en cuenta por nuestras autoridades para su oportuna discusión, preparación de anteproyectos y búsqueda de recursos, tanto humanos, cuanto financieros.

Se ha hecho evidente a lo largo de este discurso que la Universidad está ligada entrañablemente al país; ello puede parecer discutible, dado lo atípico de nuestra institución, pero no es así. Lo demuestran:

- La calidad del trabajo académico que en franciscana pobreza se realiza en Cayetano Heredia es el resultado del esfuerzo de peruanos en el Perú.
- Los temas de estudio e investigación que embargan nuestro interés son los del peruano que habita la altura y el trópico.
- La solvencia de nuestros egresados es fruto acumulado de su constancia en el estudio y de la devoción y entrega de decenas de profesores que somos mestizos peruanos de diversas disciplinas.
- La preocupación de nuestras facultades de salud en la solución de los múltiples problemas de la modesta población que rodea al hospital ha tenido auténtica motivación interna.
- Todo lo expuesto es peruano, y confiamos que así seguirá siéndolo en el futuro.

Cerramos esta ya larga exposición con una invocación a los manes de Alzamora, Honorio Delgado y Alberto Hurtado para que sigan inspirando y guiando nuestro derrotero.

Harto lo necesita nuestro país, este desgarrado Perú en momentos tan difíciles como los que vivimos.